

**Las elecciones legislativas
y municipales de 2006:
polarización sociopolítica
y erosión institucional**
Centro de Información, Documentación
y Apoyo a la Investigación (CIDAI)*
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”
El Salvador
pp. 195-218

Resumen

El propósito de este artículo es exponer, teniendo como trasfondo el contexto institucional y político en el cual se desarrolló el proceso electoral, los resultados de las elecciones para consejos municipales y diputados del 12 de marzo de 2006. Lo recorre una preocupación que, de principio a fin, apunta al saldo negativo de las elecciones en las áreas institucional, legal y política. Concluye que, a juzgar por los resultados finales, no hubo un ganador absoluto, y sí muchos perdedores: el primero, el Presidente de la República, Antonio Saca, quien dilapidó su propio prestigio, en su empeño por catapultar a su partido hacia una victoria electoral abrumadora sobre el FMLN.

Palabras clave:

El Salvador, democracia, elecciones, aspectos políticos, aspectos sociales, poder legislativo, gobierno local, medios de comunicación de masas, poder ejecutivo, análisis, resultados electorales.

* En la elaboración de este artículo participaron los siguientes miembros del CIDAI: Luis Armando González, Jaime Rivas, Catty Monti, Luis Alvarenga y Rommel Rodríguez. Dirección electrónica: luisg@cidai.uca.edu.sv

El 12 de marzo tuvo lugar, en El Salvador, la elección de los diputados y alcaldes para los mandatos de mayo de 2006 a junio de 2009. Por un lado, este 12 de marzo culminó con la votación de la ciudadanía salvadoreña, un proceso marcado por anomalías de distinto signo, abiertas violaciones a la Constitución y al Código Electoral, publicidad política sin contenido, conatos de violencia entre militantes de los distintos partidos y convivencia mediática con el gobierno de Saca y el partido ARENA. Por otro lado, también el 12 de marzo, no solo hicieron eclosión algunos de los dinamismos más perniciosos del proceso electoral, por ejemplo, el fanatismo de muchos militantes y simpatizantes de ARENA y del FMLN o la inoperancia del Tribunal Supremo Electoral, sino que también se hizo evidente la erosión institucional del país, en la forma cómo se manejó el escrutinio, apenas un ejemplo lamentable.

Además de exponer los resultados de las elecciones, se ensaya una interpretación del proceso electoral, desde la perspectiva del desempeño de los principales actores sociopolíticos y de las instituciones. Una preocupación que recorre estas reflexiones es el saldo negativo que, en materia institucional, ha dejado tras de sí el proceso electoral recién pasado. Instituciones que, como el Tribunal Supremo Electoral o la Fiscalía General, acusaban una notable debilidad antes de las elecciones, salieron más debilitadas, al término de estas. Otras instituciones, para las cuales la debilidad previa a las elecciones era menos evidente —como la Presidencia de la República o los dos partidos más grandes—, resultaron seriamente dañadas y desacreditadas.

En resumen, si bien es cierto que, en términos puramente electorales, pocos son los cambios efectivos dejados por las elecciones del 12 de marzo, en materia de institucionalidad, el saldo es más bien negativo y dejan planteados a la sociedad salvadoreña un conjunto de problemas y desafíos que, de no ser enfrentados con urgencia, pueden dar lugar a la emergencia de prácticas autoritarias, a la violencia disruptiva y a un mayor deterioro del nexo social.

1. Las elecciones y la erosión de la institucionalidad política

En conjunto, el proceso electoral puso de manifiesto, en distintos momentos, el grave deterioro institucional del país. Los focos de mayor deterioro institucional fueron el Tribunal Supremo Electoral, los partidos políticos, en concreto, ARENA y el FMLN, y la Presidencia de la República. Si no se entiende la gravedad del deterioro de esas y de otras instituciones, con dificultad se entenderán los obstáculos adicionales que el país enfrentará, de aquí en adelante, en materia de democratización.

El Tribunal Supremo Electoral es, con mucho, la institución más débil del ámbito político, lo cual se explica, en lo esencial, por su subordinación a los intereses de los partidos con representación en su seno. En virtud de esa subordinación, el Tribunal se convierte, en cada coyuntura electoral, en un campo de batalla política, en la cual cada magistrado lo que menos tiene en mente es la defensa de la legalidad política vigente. En este último proceso electoral, la situación no fue distinta. Abundaron las violaciones al Código Electoral —campanas anticipadas, participación de funcionarios públicos en actividades proselitistas, uso de los recursos del Estado para fines partidarios y violencia—, pero el Tribunal hizo poco o nada para sancionar a los responsables, independientemente del partido o su jerarquía estatal. Cuando se cerraron las urnas y la única voz autorizada para anunciar resultados definitivos debió ser el Tribunal, la institución cedió, de hecho, esta atribución a los partidos, sobre todo a ARENA y al FMLN, y al presidente Saca. No solo no fue capaz de desautorizarlos —y reivindicar públicamente su autoridad—, sino que postergó, de modo innecesario, debido a la batalla librada en su seno, la divulgación de los resultados definitivos del municipio de San Salvador, convertido, desde la tarde del domingo 12 de marzo, en manzana de la discordia entre el FMLN y ARENA.

Desde la tarde de este día, en la ciudad capital se comenzó a sentir la tensión entre

los militantes y simpatizantes del FMLN, la cual presagiaba el desencadenamiento de hechos violentos. Esa tensión se acumuló, a medida que pasaban los días. El miércoles 15 por la noche sucedió lo que era de temer: los manifestantes del FMLN reclamaron, en medio de gritos, más transparencia en el escrutinio por parte del Tribunal y exigieron que Violeta Menjívar fuera declarada ganadora. La manifestación llegó hasta los alrededores del *Hotel Radisson*, donde los miembros del Tribunal revisaban un paquete de votos impugnados, último obstáculo para dar los resultados definitivos de la alcaldía de San Salvador. Ahí fueron atacados con gases lacrimógenos y balas de goma por agentes de la Unidad de Mantenimiento del Orden, de la Policía Nacional Civil. En esos momentos, San Salvador estuvo a un paso de convertirse en escenario de una batalla campal entre policías y manifestantes del FMLN, cuyas consecuencias hubieran sido trágicas. La prudencia se impuso. Los manifestantes del FMLN optaron por retirarse de la zona y volver a la Plaza Cívica —“la Plaza Roja”, como gustan llamarla— a esperar el resultado definitivo de San Salvador.

No falta quien prefiera pasar la página acerca de lo ocurrido, en San Salvador, esa noche. Sin embargo, el olvido no es lo más conveniente, porque lo sucedido podría ser el anticipo de dinámicas políticas futuras, ante las cuales mejor es tomar las debidas precauciones. La sociedad salvadoreña no debería ser llevada al borde de la violencia política. De ahí la importancia del desempeño de las instituciones responsables de garantizar los derechos políticos de la ciudadanía. En la recién finalizada coyuntura electoral, el Tribunal Supremo Electoral no cumplió con sus responsabilidades. En este sentido, es el principal responsable —aunque no el único— de haber puesto a la capital al borde del caos sociopolítico.

El problema suscitado en el escrutinio de los votos de San Salvador no estriba en que el Tribunal se haya tomado su tiempo. No se trataba tampoco de mera incompetencia, por fallas técnicas o limitaciones del recurso hu-

mano, que hubieran hecho más lento su trabajo. El meollo del asunto está relacionado, primero, con la incapacidad del Tribunal para defender su autoridad como única voz legalmente establecida para anunciar los resultados definitivos; segundo, su incapacidad para informar de forma confiable y oportuna sobre los resultados; y, tercero, la sospecha de manoseo del escrutinio para favorecer al candidato de ARENA, Rodrigo Samayoa.

Esto último es clave para entender el malestar de los miembros y simpatizantes del FMLN. Había demasiados hechos extraños —contradicciones entre los datos parciales del Tribunal favorables a Menjívar y la campaña de ARENA que declaraba ganador a Samayoa, postergación sin mayor justificación de la información definitiva sobre San Salvador, convocatorias en falso para informar de los resultados finales— como para no alimentar la sospecha, tanto dentro como fuera del FMLN, de que desde ARENA se tramaba una especie de fraude para arrebatarse el triunfo a la candidata del FMLN o para acortar al máximo la distancia entre los dos candidatos, de forma que la derrota pudiera ser leída como victoria y, de paso, salvar el honor del presidente Saca.

Sin estos elementos no se entiende —aunque tampoco se justifica— el estado de ánimo en las filas del FMLN ni sus reclamos al Tribunal Supremo Electoral. Leer el malestar del FMLN —sus demandas y sus protestas públicas— en clave de inmadurez política y renuencia a respetar la legalidad (representada por dicho Tribunal) es obviar su sospecha, alimentada por el desempeño de la institución responsable del proceso, de que se fraguaba un fraude para perjudicar a la candidata de su partido. Algunos medios de comunicación, cercanos a ARENA, escamotearon esta dimensión del problema y presentaron las protestas del FMLN, sobre todo las del 15, como irrespeto a la legalidad. No reparan en que, antes, el mismo Tribunal había violentado la legalidad política —como también lo hicieron el presidente Saca y ARENA—, lo cual abrió la puerta a otras violaciones a la legislación por parte de quienes creían que

sus derechos ciudadanos estaban siendo irrespetados.

En resumen, el Tribunal Supremo Electoral salió del proceso electoral más debilitado de lo que estaba antes del mismo. La capital estuvo al borde del caos y la violencia debido, en particular, a su pobre desempeño en el manejo de la información electoral y en el ejercicio de su autoridad ante los partidos más grandes. ARENA y el FMLN, como se verá a continuación, antepusieron sus ambiciones de poder a la legalidad establecida, con lo cual contribuyeron a erosionar la institucionalidad del país, a la vez que profundizaron su descrédito público.

Los partidos políticos ARENA y FMLN también pusieron de manifiesto su profunda debilidad institucional y salieron más desacreditados de lo que estaban antes de las elecciones. El fanatismo no se lleva bien con las reglas y valores democráticos. Los dos partidos hicieron gala, en el discurso y el comportamiento de muchos de sus militantes y simpatizantes, a lo largo de la campaña, de una agresividad sin sentido contra los adversarios políticos. La prepotencia fue quizás mayor en ARENA que en el FMLN, pero este no se quedó atrás, pues tanto su discurso como el comportamiento de varios de sus miembros y simpatizantes se caracterizaron por el fanatismo. Las cúpulas de ambos partidos alentaron, directa o indirectamente, ese fanatismo y esa agresividad. De esta manera, el control partidario se diluyó, con lo cual dio lugar a comportamientos ajenos a las estrategias diseñadas, mal que bien, por los organismos de dirección de cada uno de los dos partidos.

ARENA dio muestras de debilidad institucional, aparte de la pérdida de control de su militancia, al superponer los roles —e incluso al anular virtualmente algunos de ellos— de varios dirigentes del partido. Así, el presidente Saca, presidente del Consejo Ejecutivo

Nacional de ARENA (COENA), ocupó el lugar del candidato de la alcaldía de San Salvador, Rodrigo Samayoa, socavó el protagonismo de este en la campaña; tanto el uno como el otro desafiaron la autoridad de Walter Araujo, representante de ARENA en el Tribunal, y los candidatos a diputados de ARENA fueron relegados a segundo plano por la campaña que Saca hizo para sí mismo.

En ARENA, nunca fueron tan confusos los roles de sus dirigentes como en este proceso electoral; nunca como ahora el partido dio muestras de una estrategia política tan desordenada. Sus altos dirigentes confundieron sus papeles. El jefe de la campaña, Julio Rank, no ejerció sus funciones de director, sino que se sumó, como pieza prescindible, a la dinámica partidaria, en la cual Saca asumió varios roles a la vez, incluso algunos que no le correspondían. Fue jefe del partido, candidato, jefe de campaña, vocero oficial, guardián de la unidad partidaria, ideólogo, consejero y paño de lágrimas de los derrotados.

Y todo esto sin dejar de ser, nominalmente, Presidente de la República. El mayor Roberto D'Aubuisson se debió haber revuelto en su tumba, ante tantas violaciones a la directiva que dejó para ARENA. Estos abusos no solo debilitaron la institucionalidad del partido, sino que lo desacreditaron ante quienes, aun siendo de derecha, no estaban dispuestos a aceptar la arbitrariedad los altos dirigentes.

El partido se desacreditó, ante propios y extraños, por sus embestidas contra la institucionalidad del país. Se empecinó en proclamar la victoria de Samayoa —al igual que el FMLN respecto de Menjívar, quien fue la primera en proclamarse ganadora, poco después de concluida la votación—, no solo entorpeció el trabajo del Tribunal, sino que aumentó la desconfianza en él, irrespetó a este y su legalidad. De esta manera, el partido de

El Tribunal Supremo Electoral es, con mucho, la institución más débil del ámbito político, lo cual se explica, en lo esencial, por su subordinación a los intereses de los partidos con representación en su seno.

gobierno socavó aún más la ya mermada credibilidad del organismo electoral y contribuyó a erosionar la ya debilitada institucionalidad política del país.

En el FMLN, el panorama no fue más alentador. El partido de izquierda encaró las elecciones sin haber superado del todo las consecuencias de su última fractura interna —la cual llevó a la formación del Frente Democrático Revolucionario—, aunque animado con la movilización que la imagen de su dirigente, recientemente fallecido, Schafik Handal, propició. Sin duda, en las semanas posteriores a la muerte de su principal dirigente, el FMLN estuvo en alza, en varios sectores sociales. Sin embargo, el “efecto Schafik” no solo no tuvo la duración deseada, de modo que ayudara a atraer votos adicionales, sino que dio paso a un radicalismo poco atractivo para quienes, aunque simpatizantes del partido, se distancian de su pasado militar y no están dispuestos a aceptar ingenuamente que Cuba y Venezuela sean el mejor camino para edificar una sociedad más justa y democrática. La muerte de Handal le dio al FMLN un respiro e incluso lo llevó a creer que la campaña marchaba por buen camino. Hay que ser obstinado para no darse cuenta de la falsedad de esta apreciación.

El FMLN no pudo diseñar una estrategia coherente, para que sus cuadros y mandos medios orientasen sus actividades proselitistas en la campaña. La falta de la estrategia fue sustituida por la utilización de la imagen de Handal —su rostro, sus palabras y su memoria— hasta la saturación. Pero fuera de esto, su campaña no tenía contenidos precisos ni roles definidos. En ARENA, Saca fue el referente principal de la campaña; en el FMLN no hubo referente alguno, pues cada candidato hizo lo que se le ocurrió con los pocos recursos a su disposición. Ciertamente, el jefe de campaña del FMLN no la dirigió, tampoco quienes, en diferentes momentos, hicieron amagos de marcar la pauta del partido —Humberto Centeno, Medardo González, Eugenio Chicas, Tania de Handal, Nidia Díaz o Violeta Menjívar—.

De esta forma, la dirigencia del FMLN perdió el control, en diferentes momentos, de la dinámica partidaria. Situaciones como las ocurridas frente al *Hotel Radisson*, la noche del miércoles 15, se explican, en parte, por esta pérdida de control. El discurso de Medardo González (coordinador general), en la Plaza Cívica, horas después de sucedido lo anterior, confirma esta apreciación. El coordinador del partido, pese a referirse a quienes estaban en la plaza como “combatientes”, tuvo que hacer malabarismos verbales para convencer a los más enardecidos de que había que esperar a que el Tribunal diera los resultados oficiales de la alcaldía de San Salvador.

El FMLN, pues, dio muestras de una enorme debilidad institucional. Se le hizo difícil controlar los desbordes de fanatismo, alentados por uno que otro dirigente del partido, y se le hizo difícil resistirse a las provocaciones de ARENA. La demanda de un escrutinio rápido y transparente de los votos de San Salvador —demanda compartida por amplios sectores sociales— fue transformada, por muchos de sus miembros y simpatizantes, en la exigencia de que Violeta Menjívar fuera declarada ganadora. Así, el FMLN también hizo lo suyo para erosionar la ya débil institucionalidad electoral salvadoreña. No hay que olvidar que fue Menjívar la primera en proclamarse triunfadora en la capital; tampoco hay que pasar por alto que Eugenio Chicas, representante del FMLN en el Tribunal Supremo, los abandonó, justo cuando la sospecha de fraude era más fuerte. Ni el uno ni la otra defendieron, con estas actitudes, la legalidad electoral. Al contrario, fueron también responsables —al igual que el FMLN— de su deterioro.

La Presidencia de la República se sumó a esta cadena que atentó contra la institucionalidad, incluida la de ella misma. La Constitución no permite a ningún funcionario público, incluido el Presidente de la República, hacer política partidaria o valerse de su cargo para ello. El Presidente de la República representa a toda la ciudadanía, no a un gru-

po particular o partido. En virtud de esta obligación con la sociedad, el presidente debe velar no solo por el bien común, sino por el respeto a las leyes de la República. Esto último legitima el ejercicio presidencial —al igual que cualquier otro ejercicio político en la conducción del gobierno— y hace de la Presidencia de la República —como figura institucional— una instancia acorde con el Estado de derecho. “Cuando se exige que el poder sea legítimo —escribió Norberto Bobbio— se pide que quien lo detenta tenga el derecho de tenerlo. Cuando se invoca la legalidad del poder, se pide que quien lo detenta lo ejerza, no según su propio capricho, sino de conformidad con las reglas establecidas y dentro de los límites de estas. Lo opuesto del poder legítimo es el poder de hecho; lo contrario del poder legal es el poder arbitrario”¹.

A lo largo de la campaña electoral, aunque más claramente en el último tramo de la misma, el presidente Saca ejerció su poder constitucional al margen de las reglas establecidas y fuera de sus límites. Y no lo hizo tanto por puro capricho o por mero afán de arbitrariedad, sino porque se plegó a los intereses de su partido. Más aún, porque subordinó su función presidencial a la de presidente de ARENA. De esta forma, Saca convirtió el gobierno en el gobierno de unos pocos, de aquellos que controlan ARENA y cuyos intereses políticos se convirtieron en la guía de su ejercicio presidencial, durante la campaña electoral. Al no gobernar para todos, sino para su partido, y al violentar la legalidad, Saca socavó la legitimidad de su mandato presidencial y debilitó la institucionalidad de la Presidencia de la República.

En el último tramo de la campaña, el país no tuvo presidente, en el sentido estricto del Estado de derecho, porque quien lo ejercía, actuó al margen de las obligaciones constitucionales (e institucionales) del cargo. En lugar de presidente, el país tuvo un activista político, quien usó la Presidencia de la Repú-

blica —y sus atribuciones como presidente— para hacer campaña a favor del partido de gobierno. La investidura presidencial —y las responsabilidades propias del cargo— debió haber prevalecido sobre otros cargos y otras responsabilidades partidarias. Sin embargo, no fue así. Saca hizo prevalecer su cargo y su responsabilidad como presidente de ARENA, cargo que lo llama a defender los intereses del partido sobre su cargo y responsabilidad como Presidente de la República, lo cual lo obliga a defender el bien común y la supremacía de la ley.

Al anteponer estas obligaciones incompatibles, Saca no solo manoseó la Constitución, sino que se colocó al margen. Se olvidó que ejercer la función de Presidente de la República es un derecho político más importante —y, por lo mismo, con obligaciones más sustantivas, desde un punto de vista jurídico— que ejercer la de presidente de un partido. No cayó en la cuenta —y si lo hizo, no tuvo ningún efecto— de que esta última función no puede ser equiparada con la primera ni, muchos menos, puede relegarla a segundo plano.

La insistencia del presidente Saca en defender su actuación de dirigente partidario apelando a un supuesto derecho de ciudadano y a la obligación de presidente del partido no hace sino reafirmar su ceguera jurídica y política. No hace más que confirmar su absoluta ignorancia de lo que significa ser un estadista, regido por la ley. Ser Presidente de la República es el derecho ciudadano más importante que puede ser ejercido en un Estado de derecho. El ejercicio de este derecho no solo es más importante que el de otros derechos políticos —de hecho, es su culminación—, sino que trae aparejadas obligaciones más importantes, en la jerarquía de las obligaciones políticas. De esta manera, los argumentos esgrimidos por Saca en su defensa contra quienes cuestionaron su participación en la campaña a favor de ARENA, en cuanto que pretendían privarlo del dere-

1. Norberto Bobbio, “La política”, en José Fernández Santillán (Comp.), *Norberto Bobbio: el filósofo y la política. Antología*. México, 2002, p. 153.

cho ciudadano de promocionar el partido del cual es presidente, carecen de solidez². Ninguno de sus críticos pretendió privarlo de derecho ciudadano alguno, sino que, más bien, le exigieron que ejerciera como era debido su derecho ciudadano a ser Presidente de la República, es decir, que cumpliera con las obligaciones constitucionales, derivadas de ese cargo. Si el presidente Saca creyó que sus obligaciones como presidente de ARENA eran más importantes y prioritarias que sus obligaciones como Presidente de la República, debió haber renunciado a este cargo o, al menos, debió depositar su ejercicio en la Vicepresidencia.

En definitiva, no hay derechos sin obligaciones. Los derechos de Saca como Presidente de la República son inseparables de su obligación de velar por el bien común y por el respeto de las leyes fundamentales de la República. En la campaña, al hacer prevalecer su cargo como jefe de ARENA por encima de su cargo de Presidente de la República de El Salvador, no veló por el bien común ni respetó las leyes. Con ello, hizo un grave daño a la institucionalidad del país, en general, y a la institucionalidad de la Presidencia de la República, en particular.

Así las cosas, el proceso electoral erosionó de forma grave las instituciones políticas, pero mayor fue la erosión que causó en la convivencia social. El proceso electoral añadió nuevas tensiones a las ya existentes en la sociedad salvadoreña. Los actores políticos alimentaron esas tensiones, pero no fueron ellos los únicos. Los grandes medios de comunicación tuvieron un papel importante en la elevación de la presión política sobre la sociedad. En este sentido, cualquier interpretación del proceso electoral sería incompleta si se pasara de largo el papel de los grandes

medios en la creación y alimentación del clima de confrontación, desde sus inicios hasta la divulgación de los resultados definitivos de la alcaldía de San Salvador.

2. El deterioro de la convivencia social

Cada proceso electoral tiene unos rasgos más o menos particulares, que lo diferencian de otros. En El Salvador, donde las elecciones presidenciales están separados de los legislativos y municipales, suele haber una diferencia muy marcada entre ambas elecciones, debido al contexto y a las cuotas de poder en disputa. La elección presidencial de 2004 se caracterizó por una intensa campaña del partido oficial, en connivencia con los grandes medios de comunicación, los cuales no escatimaron esfuerzos para apoyar abiertamente al candidato de ARENA. El FMLN no pudo revertir esta campaña, que se tradujo en una victoria aplastante del candidato oficial. Pero, más allá de eso, en estas elecciones presidenciales estaba en juego la consolidación del bloque hegemónico de la derecha³.

Un año antes, los salvadoreños eligieron diputados y alcaldes, en un ambiente de crispación política y social. Los estragos causados por los terremotos de 2001 crearon inconformidad, en diversos sectores sociales, por la gestión de la emergencia y la reconstrucción. La polarización política y social, característica desde los acuerdos de paz, se exacerbó y se reflejó en unos resultados electorales cerrados, ligeramente favorables para ARENA y el Partido de Conciliación Nacional (PCN)⁴.

El recién pasado proceso electoral ahondó esa polarización, manifiesta en una serie de incidentes violentos, protagonizado por los militantes de todos los partidos y alimentada

2. El presidente Antonio Saca esgrimió otros dos argumentos en su defensa: que lo suyo fue una innovación en el ejercicio político de un presidente salvadoreño y que en Estados Unidos los presidentes hacen campaña proselitista. Ni vale la pena discutir ambos argumentos por lo débil de los mismos: ni El Salvador es Estados Unidos ni que algo sea novedoso lo justifica a estar por encima de las leyes.
3. CIDAI, "Las elecciones presidenciales. Un triunfo del bloque hegemónico de derecha". *ECA 665-666*, 2004, pp. 227-245.
4. CIDAI, "Las elecciones municipales y legislativas del 16 de marzo de 2003". *ECA 653-654*, 2003, pp. 171-196.

por los discursos de los dirigentes. La polarización rebasó la esfera política e invadió el tejido social y desembocó en repetidas protestas callejeras, en las cuales se expresó el descontento popular. Un amplio sector social se mantuvo al margen del proceso electoral, como simple espectador pasivo de las correrías de los políticos. Es muy probable que la mayoría de este grupo se haya abstenido, hastiado de la política y los políticos.

Los discursos, las propuestas y las imágenes fueron una continuación de la campaña presidencial de 2004. En efecto, las elecciones de 2006, a diferencia de las anteriores de 1994, 1997, 2000 y 2003, contaron con la participación activa y determinante del Presidente de la República, un actor clave en la vida política nacional. Nunca antes un presidente había hecho proselitismo a favor de su partido político con tanto descaro. El presidente Saca dividió, según se desprende de sus declaraciones, las horas del despacho presidencial con las dedicadas al proselitismo a favor de ARENA. Habló por los candidatos a alcalde de diferentes localidades y los eclipsó, como en San Salvador. Pidió, a título personal, más diputados para gobernar sin estorbos en los próximos tres años. La estrategia de Saca unió la elección de 2006 con la de 2004. En parte, su partido nunca cerró la campaña; en parte, este, apoyado en su popularidad, intentó aumentar la hegemonía de la derecha en la política nacional.

Las elecciones tuvieron lugar en un tejido social desgastado. Prueba de ello es el deterioro de la convivencia. Esta noción presupone la satisfacción de ciertas necesidades básicas, tales como educación, salud, servicios, vivienda y empleo⁵, una serie de relaciones entre los miembros de la sociedad, entre las cuales cabe destacar las de poder, es decir, aquellas entre gobernantes y gobernados. Así, la convivencia está referida a la calidad del nexo social de la población en los

ámbitos social, político, económico, cultural y medioambiental.

2.1. Deterioro de la convivencia social y las ofertas partidarias

El deterioro de la convivencia está manifiesto en la violencia social y en el desfase entre la sociedad y la política, las cuales determinaron, en buena medida, el desenlace de las elecciones. La primera manifestación crea intranquilidad en la población y la segunda, tensión entre esta y sus gobernantes así como también insatisfacción de ciertas demandas. En este contexto, cabe evaluar la respuesta de los partidos y sus candidatos.

La violencia social es insostenible para quienes habitan ciudades populosas como Soyapango, San Martín o San Salvador, en el área metropolitana, y Sonsonate o San Miguel, en el interior del país. En cualquier caso, la violencia social ha sido un elemento concomitante de los procesos electorales posteriores a los acuerdos de 1992, aunque en el recién pasado se hizo sentir más aún. De esta forma, el clima de tensión política, generado por el fanatismo de los dirigentes y simpatizantes de los partidos, se sumó a la violencia cotidiana y desembocó en violencia política o “violencia electoral”, según los periodistas y algunos analistas.

La violencia social, de la que la violencia electoral forma parte, sobrepasa a las autoridades del país. La ciudadanía ha demandado, por eso, medidas más eficaces para enfrentar el fenómeno. No obstante, los responsables de la seguridad ciudadana no acaban de definir la mejor estrategia para detener la ola de por los menos diez asesinatos diarios. Desde finales del año pasado, los pandilleros hicieron blanco de sus ataques a los empleados del transporte público, cuyos asesinatos se sumaron a los cometidos por otros homicidas. Mientras tanto, las autoridades responsables de la seguridad se limitan

5. Este primer aspecto de la convivencia social se aproxima al concepto de desarrollo humano del PNUD, cuyo objetivo sería “ampliar las oportunidades de los individuos para hacer que el desarrollo sea más democrático y participativo. Una de ellas es el acceso al ingreso y al empleo, a la educación y a la salud, y a un entorno físico limpio y seguro” (*Desarrollo humano: informe 1991*, Bogotá, 1991, p. 17).

a hacer propaganda para ARENA, a propósito del elevado índice de homicidios. Hasta ahora, se han mostrado incapaces de analizar las razones estructurales de la violencia. Tampoco lograron detener la violencia electoral, de la cual fueron cómplices tanto el Tribunal Supremo Electoral como las cúpulas de los partidos. Esta incapacidad compromete a la Presidencia de la República, institución política que, por definición, debiera responder a los intereses de la ciudadanía. En vez de ello, el presidente Saca responsabilizó al FMLN de la violencia electoral. El Ministro de Gobernación no dudó en señalar a este partido como aliado de los pandilleros, considerados terroristas por algunos voceros de ARENA. La violencia social, por lo tanto, fue manipulada por el poder ejecutivo y ARENA. Esta práctica ha sido aceptada no solo por la derecha, sino por un sector social representativo. De la misma forma, pero en el campo del adversario principal de ARENA, el FMLN hizo otro tanto con la situación socioeconómica, una excusa perfecta para hacer señalamientos contra aquel partido.

La irresponsabilidad del presidente Saca en el tratamiento de la seguridad es pasmosa. Entrevistado por periodistas, señaló al FMLN como responsable de la violencia, por no apoyar el endurecimiento ni la creación de leyes con visos de inconstitucionalidad. Acusó a los jueces de dejar en libertad a los detenidos, al mismo tiempo que obviaba la incompetencia de fiscales y policías. El presidente Saca se apoyó en su autoridad para acusar a su principal adversario político, en tiempos

electorales. Asimismo promovió, de nuevo, ingobernabilidad, al interferir en el Órgano Judicial. Aparte de considerar un estorbo la oposición legislativa. De esta forma, el presidente Saca hizo a un lado el aura de concertación en la cual se envolvió, en los primeros meses de gobierno, y dio signos inequívocos de la casta autoritaria y excluyente de ARENA. De ahí su intolerancia con quienes no comparten su credo económico y político.

Desde las elecciones de 2003, se observa un preocupante divorcio entre el sistema político y la sociedad. En efecto, en los últimos

Los derechos de Saca como Presidente de la República son inseparables de su obligación de velar por el bien común y por el respeto de las leyes fundamentales de la República. En la campaña, al hacer prevalecer su cargo como jefe de ARENA por encima de su cargo de Presidente de la República de El Salvador, no veló por el bien común ni respetó las leyes. Con ello, hizo un grave daño a la institucionalidad del país, en general, y a la institucionalidad de la Presidencia de la República, en particular.

años, se ha abierto una brecha enorme entre la dinámica del sistema político y la social, la cual se traduce en el distanciamiento entre los intereses de los partidos y los de la ciudadanía. De ahí, el creciente descontento de esta con la política y los políticos y el elevado nivel de abstención electoral⁶. La legislatura ha discutido algunos temas vitales para la sociedad; pero esas discusiones parlamentarias no han devenido en soluciones concretas. Por ejemplo, mientras las estadísticas

mostraban el crecimiento de los homicidios más alto, en el último lustro, los diputados no supieron generar un debate serio sobre este asunto. Mucho menos legislaron de cara a esta realidad. En vista de ello, el poder ejecutivo asumió como causa propia, y como consigna de la constante campaña electoral de ARENA, el combate contra la violencia generada por las pandillas y el crimen organizado. Pero esta estrategia falló, en parte, porque el punto de partida es equivocado,

6. CIDAI, "Elecciones 2003: implicaciones sociales, económicas y regionales". *ECA 653-654*, 2003, pp. 277-293. Ver, también, "Elecciones y problemática nacional" (Editorial), *Proceso 1033*, 22 de enero de 2003, pp. 2-3; "Política y sociedad: una brecha infranqueable", *Proceso 1041*, 19 de marzo de 2003, pp. 10-11.

pues atribuye solo a los pandilleros la violencia del país. Algunos medios de comunicación, como *La Prensa Gráfica* o *El Faro* y organizaciones sociales, intentaron aportar una perspectiva alternativa, pero se impuso la falta de voluntad o la incomprensión de los políticos.

Cuestiones vitales como la situación socioeconómica también fueron abordadas por la clase política de forma superficial y demagógica. Por ejemplo, el plan Red solidaria, según el gobierno de ARENA, contribuiría a mitigar la pobreza, en algunos de los municipios más atrasados en desarrollo humano. No obstante, no ha habido, ni cabe esperar, modificaciones sustanciales en el modelo socioeconómico. Por lo tanto, la brecha seguirá abierta. Otros tópicos han sido relegados o engavetados, como la reforma integral, ya concertada, del sistema nacional de salud, el déficit de vivienda y el aumento del salario mínimo. El deterioro de la convivencia social es, en este sentido, consecuencia de la incapacidad de la política y los políticos para responder a las necesidades más sentidas de la población. Cuando este entendimiento es inexistente, cuando no coinciden los intereses de los políticos con los intereses de la ciudadanía, surge la insatisfacción, así como la apatía. La insatisfacción deviene con facilidad en comportamientos al borde de la legalidad; la apatía permanece pero, a la larga, mina la cultura política, cierra espacio para el debate y encierra a la ciudadanía en el ámbito privado. Este proceso electoral prolongó este círculo vicioso.

Los partidos políticos son, por mandato constitucional, los únicos medios por los cuales la ciudadanía puede acceder a una cuota de poder estatal. Pero, además, aquellos se deben a una determinada sociedad. En ella encuentran su origen y razón de ser⁷, por lo

tanto, debieran convertirse en la plataforma desde la que se plantean posibles soluciones a los problemas más urgentes del país. Una vez que acceden al poder, se espera que respondan a las demandas ciudadanas. Por eso, en la campaña, deben presentar una oferta más o menos elaborada para captar los votos que los lleven a las cuotas de poder en disputa.

La coalición de Cambio Democrático, el Partido Nacional Liberal y Frente Democrático Revolucionario hizo propuestas legislativas muy valiosas, dada su necesidad y urgencia, pero políticamente inviables, por los intereses de sectores que se benefician del actual estado de la cuestión y por la desfavorable correlación de fuerzas en la Asamblea Legislativa⁸. El contenido de la propuesta es tan esquemático como general, aunque puede ser llevado a cabo⁹. No obstante, conocidos los resultados, es irrealizable con dos diputados. Para la mayoría de la población, sobre todo la del interior del país, esta propuesta fue inasequible, no solo por carecer de referentes simbólicos cercanos para identificarse con ella, sino porque el proyecto no tenía sentido para ella. Acostumbrada a las extremas, las opciones intermedias han sido un proyecto desenfocado, poco realista y condenado a desaparecer. Se puede afirmar que la cultura política carece de un referente que le permita escapar de las extremas, ya sea por incapacidad de las opciones del centro, ya sea por la capacidad de las extremas para proponer sus planteamientos y hacerlos llegar a los votantes potenciales, con lo cual neutralizan la alternativas moderadas. Por lo tanto, la oferta electoral de la coalición no convenció, a juzgar por los resultados electorales.

Los partidos políticos más antiguos, Demócrata Cristiano y de Conciliación Nacio-

7. CIDAI, "Elecciones 2003: implicaciones sociales, económicas y regionales", *ibíd.*, p. 279.

8. La coalición hizo cinco planteamientos legislativos: crear empleo y defender el poder adquisitivo, seguridad ciudadana, institucionalidad democrática, salud y medioambiente e integración regional, compatriotas en el exterior y relaciones internacionales.

9. Un detalle de la propuesta de la coalición puede leerse en *Compromiso de la alianza Cambio Democrático y Frente Democrático Revolucionario (CD-FDR-PPSC)*, de enero de 2006, y algunos de los principios ideológicos, al menos del Frente Democrático Revolucionario, en *Programa de desarrollo político*, también de enero.

nal, presentaron sus gestiones municipales y su experiencia política, más que promesas y grandes discursos. Su imagen se concentró en su larga tradición de más de cuarenta años. Por lo tanto, la base de sus propuestas fue su tradición y experiencia política, más que contenidos nuevos. De esta forma, el Partido de Conciliación Nacional mantuvo un poder municipal respetable, aunque disminuido, mientras que el Demócrata Cristiano creció en diputados. Esta se presentó como un movimiento político moderno, progresista, defensor de la libertad y con ideas y programas para construir una sociedad pacífica, próspera, culturalmente avanzada e insertada en el concierto mundial de las naciones civilizadas. Su plataforma legislativa, “No más leña al fuego”, estaba conformada por cinco puntos “para salvar a El Salvador”, que comprenden desde reestablecer la armonía social y política”, hasta “mejorar los salarios para quitarle estímulos a la emigración”. En resumen, este partido ofreció más diálogo, más empresarios pequeños y medianos, más empleos, más tranquilidad y empleos mejor remunerados. La oferta del Partido de Conciliación Nacional fue más escueta y dispersa, en declaraciones y discurso de mítines. El partido no presentó su plan de forma sistemática. En “44 años de vida política”, documento de la fracción legislativa, expuso las iniciativas de ley aprobadas con sus votos —el presupuesto general, la eliminación del IVA a insumos agropecuarios, la legislación contra las pandillas, la elección de funcionarios y la aprobación de tratados internacionales—. Por lo demás, no presentó nada sustantivo ni hizo propuestas.

ARENA se planteó dos objetivos, la mayoría legislativa, para aumentar el margen de maniobra del poder ejecutivo, y la mayoría de alcaldías, sobre todo las de las ciudades más importantes. La consigna central de la campaña proclamó al FMLN como culpable de los males del país; por lo tanto, la hegemonía de ARENA se traduciría en más desarrollo. Desde esta premisa, ARENA diseñó su estrategia electoral. Su propuesta

comprendía cuatro ejes: seguridad, énfasis en lo social, incentivar la creación de empleos y diálogo constructivo e incluyente. La oferta era congruente con el programa presidencial de Saca: “mantener y profundizar el sistema de libertades y la promoción sistemática de igualdad de oportunidades”. La imagen proyectada por ARENA se movió entre el éxito real —comprobado en más de cinco lustros de creciente hegemonía— y el éxito ideal —“lo mejor está por venir”—. Es muy probable que para la mayoría de quienes votaron por ARENA lo hicieron con la expectativa de ese éxito, real o ficticio.

Por último, la oferta legislativa del FMLN —contenida en el documento *Plataforma de la esperanza 2006-2009*— estaba conformada por diez compromisos. Ocho de ellos con la pretensión de paliar la difícil situación socioeconómica. En consecuencia, el énfasis estaba puesto en algunas herramientas que el partido consideraba necesarias para superar esta crítica situación. Así, entre otras cosas, el FMLN proponía “recuperar la economía para la gente”, una “reforma integral de salud sin privatización”, “mejorar la educación”, el “combate formal al crimen organizado y a la delincuencia”, “legislar a favor de la población más vulnerada”, la “recuperación ambiental”, mediante la modificación de los cuerpos legales correspondientes y más “compromiso con el desarrollo local”, “recuperar el rumbo democrático del país” y “relaciones internacionales para el progreso nacional y la paz”. Pese a su orientación, es discutible la viabilidad de las propuestas. Por otro lado, la propuesta municipal es interesante, pero también se encuentra condicionada por unas condiciones que ensombrecen su viabilidad. No hay que olvidar que el margen de los gobiernos locales es muy limitado, dada la enorme centralización gubernamental.

Ahora bien, las ofertas del FMLN y de ARENA deben ser interpretadas en el contexto de polarización política. Así, la del primero no se entiende sin la del segundo.

2.2. El papel político de los medios de comunicación

La prensa es un factor determinante de la actividad política y, por lo tanto, ejerce funciones políticas. Según José Luis Sánchez Noriega (*Crítica de la seducción mediática*), los medios realizan funciones políticas, puesto que sus mensajes repercuten en el sistema político, el cual reacciona con propuestas de ley o toma decisiones. Además, los medios hacen eco de la actividad del sistema político y la traslada a la opinión pública, con lo cual actúa política y mediáticamente. Así, en períodos de elecciones, las actividades de los candidatos y los partidos son trasladadas por los medios a la opinión pública.

En esa dinámica en dos direcciones, las funciones políticas que ejercen los medios son varias, pero sobre todo describen la realidad susceptible de acción política, controlan y enjuician a los actores políticos, impulsan u obstaculizan el compromiso social, crean, canalizan o diluyen las demandas sociales, promueven o desactivan la participación política, contribuyen al funcionamiento de la democracia y proporcionan identidad a los actores políticos. En períodos políticos críticos, como los electorales, los medios de comunicación tienden a ejercer con mayor fuerza algunas de las funciones anteriores, aunque no necesariamente de manera efectiva.

Durante la campaña presidencial de Saca, el poder económico y los medios de comunicación de la derecha (los principales y de mayor cobertura: la *Telecorporación Salvadoreña* y los periódicos matutinos) y el gobierno de ARENA hicieron una inversión enorme para asegurarse del triunfo de su candidato. En ninguna campaña anterior se hizo

tal inversión de recursos ni se manipuló la propaganda para captar la mayor cantidad de votos posible. La prensa participó en la campaña como un elemento más de la estrategia de ARENA, con lo cual fue más allá de su papel de intermediación entre los partidos y el gobierno y la población. Desde entonces, es evidente que los medios poseen tanto poder que se han convertido en un poder fáctico. Existe, pues, una alianza entre el gobierno de ARENA, el poder económico y los grandes medios, la cual puede incluso manipular al sistema político democrático

para sus propios fines. A partir de su triunfo arrollador de 2004, Saca calculó que esa alianza volvería arrojar los mismos resultados en las elecciones de 2006. El presidente Saca hace política de forma mediatizada. Solo le importa presentar una realidad artificialmente construida y difundida por los medios.

“No ser de ARENA equivale a no ser salvadoreño” fue el mensaje del presidente Saca y dio el tono de la intensidad

que imprimió a la campaña de ARENA. El 28 de febrero, por ejemplo, en San Pedro Perulapán, el presidente Saca dijo que “el que se quede en casa le va a fallar a la patria”. Como Presidente de la República, Saca debió abstenerse de hacer proselitismo partidista. Le correspondía invitar a la población a participar en el proceso electoral. En contra de lo que afirmaron los defensores del presidente, en este municipio dijo, además, “si como candidato vine a San Pedro Perulapán, ¿cómo siendo su presidente no iba a venir?”. Este discurso que confunde las dos presidencias, la de ARENA y la de la República, se repitió en todas las actividades locales de ARENA.

Las empresas mediáticas reasumieron su papel de la campaña de 2004 y volvieron a

Los medios no cumplieron con su función de canalizar las demandas sociales o de abrir espacio para el encuentro entre los políticos y la población a la cual supuestamente representan. Con todo, es necesario reconocer que los medios identificados con ARENA no pudieron imponerse, pues medios más independientes y críticos se esforzaron por transmitir los hechos con mayor apego a la realidad.

servir de plataforma desde la cual el presidente Saca difundió sus mensajes. Incluso los informativos fueron utilizados como medios de difusión de la campaña de ARENA. La oposición política no gozó de la misma libertad en estos medios. El descontento social fue desacreditado por su vinculación al FMLN. En cambio, la campaña de ARENA fue vista con complacencia. De esta forma, estos medios no proporcionaron a la ciudadanía elementos informativos ni formativos sobre el evento electoral o el sistema democrático. El clímax del apoyo de las grandes empresas mediáticas a la campaña del presidente Saca y ARENA se dio en la visita que este hizo a Washington, pocos días antes de las elecciones. El “paquete promocional” era completo: prórroga por un año más del estatuto de protección temporal, mejor conocido por *TPS*, para los emigrantes salvadoreños, y la aprobación oficial del tratado de libre comercio. La visita ocupó los espacios principales de estos medios, los cuales fueron más allá al presentar la prórroga como logro personal del presidente Saca y de su gobierno, para pedir el voto por estos a continuación. En realidad, la prórroga es un logro del gobierno salvadoreño y de otras instituciones y organizaciones que presionaron por conseguirlo.

Este es un buen ejemplo del periodismo de “trinchera”, es un atentado contra la democracia, ya que su calidad depende de la calidad de la comunicación. “Solo se consigue una efectiva democratización, o una mayor democratización, en una sociedad democrática, en razón de sus instituciones, mediante un aumento de la calidad y de la racionalidad de la comunicación social que en ella se produce” (Javier del Rey Morató). Asimismo, los medios tienen un papel trascendental en la fiscalización de las instituciones gubernamentales. En ese sentido, la alianza de las empresas mediáticas con la gran empresa privada y el gobierno de ARENA pervierte la función de aquellas. Estas empresas de la comunicación hicieron suyo ese discurso de ARENA y su presidente y los difundieron sin recato. Olvidaron que lo suyo es fiscalizar el poder y no ser cómplices de sus aberraciones y abusos.

Al final de la campaña, las señales de cansancio de la opinión pública eran palpables. Además de la propaganda usual de los partidos, por las emisoras de radio y televisión desfilaron prácticamente todos los directores de campaña, y los candidatos a alcaldes y diputados. El formato de las entrevistas, desde las cuales los medios dieron cobertura a las ofertas electorales, fue muy similar en todos ellos. Para mantener el equilibrio, invitaron a los representantes de todos los partidos, mientras que el periodista asumía el papel de simple moderador. Hay que reconocer el trabajo profesional de la mayoría de estos periodistas, aunque algunos son mejores que otros en esta tarea. Pero mucho antes del final de la campaña, “hastío” es la palabra que mejor describe la reacción de la audiencia. Pese al esfuerzo de los “moderadores” por realizar un trabajo profesional, sus entrevistas y foros cayeron en la irrelevancia. Los políticos hicieron lo que se les pedía y aprovecharon el tiempo para difundir sus promesas. El “moderador” se limitó a invitar, a dar la palabra, a hacer una pregunta para motivar el discurso y, eventualmente, poner orden cuando sus invitados se enzarzaban en una discusión sin sentido. La ciudadanía fue mantenida al margen de estos espacios para que no incomodara a los “invitados” del “moderador” con sus preguntas impertinentes. Pero, de esta manera, los medios profundizaron el divorcio de los políticos y los partidos de la ciudadanía. Los medios más abiertos limitaron la participación del público a una breve llamada telefónica o a un correo electrónico. De esta manera, en lugar de enfrentar a los candidatos con la ciudadanía, estos continuaron la discusión entre ellos mismos.

Finalmente, la mayoría de los medios, prescindiendo de sus preferencias partidarias, fueron parte activa de la polarización protagonizada por ARENA y el FMLN. Los medios no cumplieron con su función de canalizar las demandas sociales o de abrir espacio para el encuentro entre los políticos y la población a la cual supuestamente representan. Con todo, es necesario reconocer que los medios identificados con ARENA no pudie-

ron imponerse, pues medios más independientes y críticos se esforzaron por transmitir los hechos con mayor apego a la realidad. En la medida en que la polarización subió de tono, el contraste de los medios gubernamentales o de ARENA y los demás fue también mayor.

3. Los resultados electorales y su valoración política

Las elecciones municipales y legislativas del 12 de marzo mostraron la necesidad de repensar el proceso electoral. El esfuerzo económico, social y político que el país hace cada tres o cinco años para organizar las elecciones es considerable, pero sus resultados, en términos de consolidación de la democracia, son pobres. En este contexto, el mismo presidente Saca admitió este desgaste innecesario y, en consecuencia, propuso elecciones generales cada quinquenio. Sin embargo, la periodicidad es un factor menor, si se toman en cuenta las debilidades institucionales, que han hecho que el ejercicio electoral haya perdido cada vez más su sentido cívico y democrático. Un resultado llamativo de las elecciones pasadas es la ausencia de un vencedor claro. Este hecho puede interpretarse como evidencia de la polarización política, pero también muestra el descrédito en el cual ha caído el sistema electoral. Dígase lo que se diga, el abstencionismo es significativo, y también preocupante, en los procesos electorales salvadoreños.

Visto en su conjunto, los resultados de las elecciones del 12 de marzo dejan una nueva configuración de fuerzas en la Asamblea Legislativa y un reacomodo del poder, en los gobiernos locales. ARENA y el FMLN continúan siendo los principales partidos políticos. En la votación municipal, ARENA obtuvo 791 361 votos, equivalentes al 39.6 por ciento de votos válidos. Pero el FMLN obtuvo más votos 785 072 en la elección legislativa, el 39.3 por ciento de votos válidos. Los partidos políticos más antiguos, de Conciliación Nacional y Demócrata Cristiano, retuvieron una presencia importante en la vida política. Aunque el primero perdió alcaldías y diputados, se perfila como una pieza fundamental en las negocia-

ciones legislativas, pues sus votos son necesarios para la mayoría simple. El otro obtuvo dos diputados más y muestra la tasa de crecimiento más alto de votos municipales (67.99 por ciento). Por su parte, Cambio Democrático perdió alcaldías y diputados.

3.1. Los resultados para concejos municipales

ARENA obtuvo 147 alcaldías, 36 más que en 2003. Le sigue el FMLN con 59 —cinco de ellas en coalición, es decir, quince menos que en la elección pasada—. Los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y Centro Democrático ganaron 39, 14 y 3 alcaldías, respectivamente. El primero perdió 14; el segundo, solo 4; y el tercero, una. De esta forma, el poder local se redistribuyó de la forma siguiente: el 56.1 por ciento de los gobiernos locales es de ARENA, el 22.5 por ciento, del FMLN; el 14.9 por ciento, del Partido de Conciliación Nacional; el 5.4 por ciento, del Partido Demócrata Cristiano; y un mínimo 1.1 por ciento, del Centro Democrático. Es decir, ARENA aumentó la cantidad de alcaldías bajo su mando. En las elecciones de 2000, perdió 33, respecto a 1997. En 2003, volvió a perder alcaldías, 16 en esta oportunidad, lo cual hizo un total de 111. En 2006, en cambio, ARENA revertió esta tendencia al quedarse con 147. Todavía está lejos de las 160 alcaldías de 1997 (Cuadro 1).

Por su parte, el FMLN ganó menos alcaldías. En 2000, conquistó 25 más que en 1997. En 2003, a pesar de perder cinco, se mantuvo por encima de las 70. Pero, en 2006, solo consiguió 59, cinco de ellas en coalición. Algunas pérdidas pueden explicarse porque el partido no conservó la coalición, que le había dado el triunfo en otras oportunidades. El Cuadro 1 muestra que el FMLN obtiene algunos triunfos con coaliciones. En las elecciones de 2000 y 2003, logró 12 alcaldías de esta forma; mientras que en 2006, solo cinco. La pérdida de varios gobiernos locales se explica por la expulsión de alcaldes emblemáticos (como René Canjura, en Nejapa, y Orlando Mena, en Santa Ana), quienes fueron reelectos con la bandera de

Cuadro 1
Alcaldías por partido y coalición

Partido	1997	%	2000	%	2003	%	2006	%
ARENA	160	61.1	127	48.5	111	42.4	147	56.1
CDU-CD	N.a.	Na	4	1.5	4	1.5	3(5)	1.1
FMLN	54(1)	20.6	79(3)	30.2	74(3)	28.2	59(4)	22.5
PCN	18	6.9	33	12.6	53	20.3	39	14.9
PDC	19(2)	7.3	16	6.1	18(2)	7.0	14	5.4
MU	4	1.5	Na	Na	Na	Na	Na	Na
PD	1	0.3	Na	Na	Na	Na	Na	Na
PRSC	6	2.3	Na	Na	Na	Na	Na	Na
PAN	Na	Na	1	0.3	1	0.3	Na	Na
USC	Na	Na	2	0.8	Na	Na	Na	Na
PPR	Na	Na	Na	Na	1	0.3	Na	Na

(1) 6 alcaldías en coalición.

(2) 4 alcaldías en coalición.

(3) 12 alcaldías en coalición.

(4) 5 alcaldías en coalición.

(5) 1 alcaldía en coalición Na: No aplica.

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

otro partido. Haciendo a un lado las alcaldías obtenidas en coalición, en 2006, el FMLN perdió ocho alcaldías con respecto a las ganadas, sin coaligarse, en 2003. En aquella oportunidad obtuvo 62 alcaldías; mientras que en 2006, solo 54.

El Partido de Conciliación Nacional perdió 14 alcaldías. La pérdida es sensible, si se considera que en 2003, obtuvo 53; mientras que en 2006, solo 39. En 2000 y 2003, el partido aumentó de forma considerable la cantidad de alcaldías. En 2000, ganó 15 más que en 1997; mientras que en 2003 obtuvo 20 más que en la elección anterior. En 2006, perdió buena parte de los gobiernos locales conquistados en las elecciones anteriores. Asimismo, el Partido Demócrata Cristiano, según el Cuadro 1, perdió 4 alcaldías respecto a 2003. Los resultados del partido en las cuatro elecciones anteriores, excluyendo el número de alcaldías ganadas en coalición, indican que, en la práctica, obtuvo la misma cantidad. Así, mientras ARENA, el FMLN y el Partido de Conciliación Nacional, algunas veces, experimentan fuertes variaciones en la cantidad de alcaldías, las variaciones del Partido Demó-

crata Cristiano son pequeñas. Al Centro Democrático, antes Centro Democrático Unido, le ocurre algo similar. En 2000 y 2003, obtuvo 4 municipios. En 2006, ganó solo 3. En uno de ellos, por una coalición.

Desde la perspectiva de la cantidad de votos emitidos (Cuadro 2), ARENA obtuvo la mayoría, 791 361 votos, equivalentes al 39.6 por ciento de votos válidos, 308 241 más que en 2003. En su tasa de crecimiento, en las últimas tres elecciones (Cuadro 3), se puede constatar cómo ARENA aumenta su caudal respecto a la elección inmediata anterior. En 2000, creció en 28 322 votos (6.90 por ciento); en 2003, en 44 261 (10.09 por ciento) y en 2006, experimenta una fuerte alza del 63.80 por ciento. Solo el Partido Demócrata Cristiano ha crecido más que ARENA, el 67.99 por ciento. El aumento de votos de ARENA puede explicarse, entre otras razones, por el aumento de votos válidos (44.66 por ciento). En 2006, se registraron 617 726 votos nuevos. Al relacionar esta cantidad con el aumento de ARENA (308 241) se puede lanzar la hipótesis de que pudo captar la mitad de estos nuevos votos válidos.

Cuadro 2
Cantidad de votos de los principales partidos
en la elección de concejos municipales

Partidos	1997	%	2000	%	2003	%	2006	%
ARENA	410,537	36.8	438,859	36.0	483,120	34.9	791,361	39.6
CDU-CD	26,986	2.4	41,549	3.4	37,392	2.7	30,778	1.5
FMLN	365,176	32.7	338,950	27.8	465,970	33.7	670,711	33.5
PCN	102,961	9.2	123,945	10.2	205,804	14.9	307,330	15.4
PDC	101,945	9.1	95,509	7.8	103,567	7.5	173,982	8.7
PAN	Na	Na	40,060	3.3	11,416	0.8	na	na
PMR	Na	Na	Na	Na	26,082	1.9	na	na
PNL	Na	Na	Na	Na	Na	Na	2,637	0.1
Fuerzas Democráticas*	Na	Na	Na	Na	Na	Na	24,101	1.2
Votos válidos	1,115,878	100.0	1,217,996	100.0	1,383,174	100.0	2,000,900	100.0

* Coalición de partidos constituida por PNL-CD-FD.

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

Cuadro 3
Variación absoluta y porcentual de los votos de
los principales partidos políticos

Partido	1997-2000		2000-2003		2003-2006	
	Variación	%	Variación	%	Variación	%
ARENA	28,322	6.90	44,261	10.09	308,241	63.80
CDU— CD	14,563	53.97	(4,157)	-10.01	(6,614)	-17.69
FMLN	(26,226)	-7.18	127,020	37.47	204,741	43.94
PCN	20,984	20.38	81,859	66.04	101,526	49.33
PDC	(6,436)	-6.31	8,058	8.44	70,415	67.99
Votos válidos	102,118	9.15	165,178	13.56	617,726	44.66

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

El FMLN, con 670 711 votos, equivalentes al 33.5 por ciento de votos válidos, fue el segundo partido más votado en la elección de concejos municipales. El partido también aumentó su caudal de votos en 43.94 por ciento, correspondientes a 204 741 votos nuevos. Tal como se desprende del Cuadro 3, el FMLN ha experimentado aumentos y decrementos en el caudal de votos. En 2000, tuvo un decremento del 7.18 por ciento, respecto a 1997. Pero en 2003 y 2006, aumentó ese caudal en 37.47 y 43.94 por ciento, respectivamente. Al igual que ARENA, el

aumento puede deberse al de los votos válidos. Es probable que haya captado la tercera parte de los mismos.

Los 307 330 votos, equivalente al 15.4 por ciento de votos válidos, muestran que el Partido de Conciliación Nacional es el tercer partido más votado en las elecciones locales. Al igual que los otros dos, también creció en cantidad de votos, 101 526. Con seguridad, buena parte de ellos son del municipio de San Miguel, donde captó 40 683 votos. Este partido ha mantenido un aumento constante de su caudal de votos. En 2000, creció el 20.38

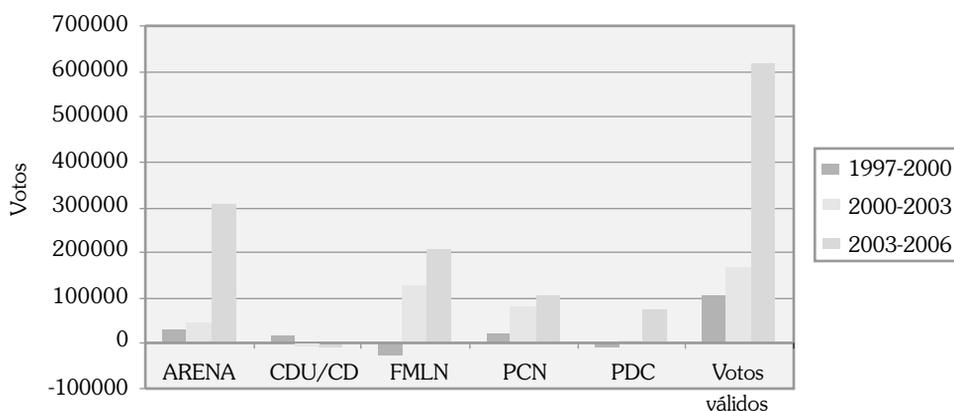
por ciento en relación con 1997. En 2003, subió al 66.04 por ciento, equivalente a 81 859 votos nuevos. En 2006, aumentó el 49.33 por ciento. Sin embargo, esta cantidad no fue suficiente para retener el control de las 53 alcaldías de 2003. Este desempeño se explica porque el partido solo captó una pequeña proporción del aumento de votos válidos (16.4 por ciento). Así las cosas, el partido experimentó un crecimiento notable de votos respecto a sí mismo, pero como proporción del universo de votos válidos, dicho crecimiento es mínimo. De esta forma, el aumento de votos válidos parece ser un factor que favorece a los partidos grandes. Cuando ocurre este fenómeno, los cambios reducen el desempeño de los partidos pequeños.

El Partido Demócrata Cristiano fue el que experimentó el mayor incremento porcentual de votos. Este partido obtuvo 70 415 votos nuevos, lo cual equivale a una tasa de crecimiento del 67.99 por ciento. En 2006, captó 173 982 votos, equivalentes al 8.7 por ciento de votos válidos. Su tendencia tiende a ser similar a la del FMLN. En el 2000, disminuyó el 6.31 por ciento respecto a 1997. En esa oportunidad, perdió 6 436 votos. Pero en 2003 y 2006, aumentó el 8.44 y el 67.99

por ciento, respectivamente. Los resultados de 2006 muestran un repunte del partido. Si en 2003 captó 8 mil votos nuevos, en 2006 subió en 70 mil. Pese a perder cuatro alcaldías en coalición, retuvo el mismo número ahí donde se presentó solo. El análisis de los votos nuevos no debe pasar por alto lo sucedido en Santa Ana, donde su candidato a alcalde, antes candidato ganador del FMLN, captó 37 368 votos para la democracia cristiana. En la elección de 2003, apenas logró un poco más de dos mil votos en este municipio.

Finalmente, Cambio Democrático obtuvo 30 778 votos, equivalentes al 1.5 por ciento de votos válidos. El Cuadro 3 revela que este partido tiende a perder votos desde 2003. En los comicios de 2003, perdió 4 157, equivalentes al 10.01 por ciento, en relación con los resultados de 2000. En 2006, volvió a perder 6 614 votos, equivalentes al 17.69 por ciento, respecto a 2003. En 2006, también compitieron el Partido Nacional Liberal y la coalición Fuerzas Democráticas. El primero apenas obtuvo 2 637 votos, equivalentes al 0.1 por ciento de votos válidos; mientras que, con 24 101 votos, Fuerzas Democráticas se hizo con el 1.2 por ciento.

Figura 1
Variación en la cantidad de votos por partido



Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

3.2. Los resultados para diputados

Los resultados de la elección alteraron la correlación de fuerzas de la Asamblea Legislativa. ARENA y el FMLN se mantienen como las primeras fuerzas políticas del país. El Cuadro 4 y la Figura 2 muestran el aumento de diputados de los dos partidos. En cambio, a costa de los partidos de Conciliación Nacional y Centro Democrático. Pero el Partido Demócrata Cristiano consiguió dos diputados adicionales a los cuatro de 2003. ARENA ganó siete diputados más que en 2003 (27 y 34, respectivamente). Por su parte, el FMLN se hizo de 32, uno más que en 2003. En otras palabras, ARENA habría ganado en estas elecciones, ya que fue el partido que más diputados agregó a los de 2003. Sin embargo, eso no significa que el “juego político”, en la Asam-

blea Legislativa, será más fácil para el partido de gobierno. De hecho, la conformación de la nueva legislatura empujará con más fuerza a ARENA y al FMLN a pactar y negociar, cosa que ARENA quería evitar a toda costa.

Por su parte, los partidos de Conciliación Nacional y Centro Democrático obtuvieron 10 y 2 diputados, respectivamente. Ambos perdieron 6 y 3 diputados. Cambio Democrático obtuvo 2 diputados y de poco o nada le sirvió la coalición con el Frente Democrático Revolucionario. De esta forma, se confirma una vez más la tesis que los ex miembros del FMLN que participan bajo otra bandera en las elecciones de diputados están destinados al fracaso. Finalmente, el Partido Demócrata Cristiano logró 6 diputados, dos más que en 2003.

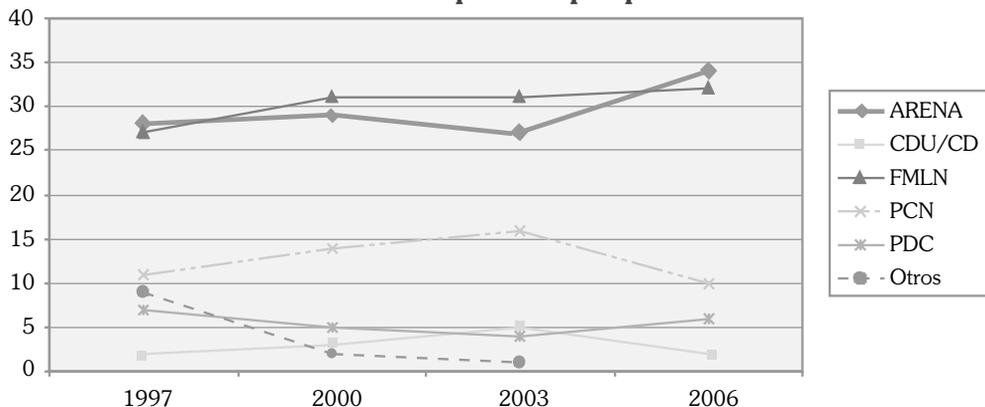
Cuadro 4
Número de diputados electos por partido

Partidos	1997	2000	2003	2006
ARENA	28	29	27	34
CDU-CD	2	3	5	2
FMLN	27	31	31	32
PCN	11	14	16	10
PDC	7	5	4	6
Otros	9	2	1	Na

Na: No aplica

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

Figura 2
Cantidad de diputados por partido



Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

En otro orden, el Cuadro 4 y la Figura 2 muestran los cambios ocurridos en las últimas tres elecciones de diputados. En 2000, ARENA obtuvo un diputado más que en 1997. Pero en 2003, perdió dos para quedarse con un total de 27. En 2006, obtuvo 7 diputados más, con lo cual tiene la mayoría de escaños legislativos (34). Por el lado del FMLN, es notable su consistencia. En las tres últimas elecciones, el partido ha ganado más de 30 diputados, aunque en 2003 no experimentó aumento respecto a 2000 (31). En 2006, solo consiguió un diputado adicional para un total de 32.

Por último, los partidos de Conciliación Nacional, Demócrata Cristiano y Centro Democrático experimentaron variaciones abruptas. El primero obtuvo 14 diputados, en 2000; 16, en 2003, y solo 10, en 2006. El Demócrata Cristiano consiguió 5, en 2000; 4, en 2003, y 6, en 2006. Cambio Democrático sacó dos, la misma cantidad de 1997, con otra denominación. En 2000 y 2003 consiguió 3 y 5, respectivamente. Según el Cua-

dro 4, los “otros” partidos, es decir, aquellos que obtuvieron algún escaño, desaparecieron de la Asamblea Legislativa. En 1997, 2000 y 2003, en cambio, sacaron 9, 2 y 1.

El FMLN captó 785 072 votos, equivalentes al 39.3 por ciento de votos válidos, lo cual lo coloca en el partido con más respaldo popular en la elección legislativa. Sin embargo, esa mayoría no fue suficiente para obtener la mayoría simple, lo cual, probablemente, esté relacionado con la modificación introducida en la distribución de los escaños, por la cual se suprimió la llamada “plancha nacional” o circunscripción nacional. Según el Cuadro 6, en las últimas tres elecciones, el FMLN experimentó un aumento del caudal de votos. En 2000, aumentó el 15.30 por ciento respecto a 1997. En 2003, el 11.5 por ciento respecto a la elección anterior. En 2006, experimentó un crecimiento considerable de 309 942 votos, es decir, una tasa del 65.23 por ciento. Es probable que poco menos de la mitad de los nuevos votos válidos haya sido favorable al FMLN.

Cuadro 5
Cantidad y porcentaje de votos por partido en la elección de diputados

Partidos	1997	%	2000	%	2003	%	2006	%
ARENA	396,301	35.4	436,169	36.1	446,279	31.9	783,230	39.2
CDU-CD	39,145	3.5	65,070	5.4	89,090	6.4	61,022	3.1
FMLN	369,709	33.0	426,289	35.2	475,130	34.0	785,072	39.3
PCN	97,362	8.7	106,802	8.8	181,167	13.0	228,196	11.4
PDC	93,645	8.4	87,074	7.2	101,854	7.3	138,538	6.9
Otros	123,441	11.0	88,865	7.3	105,206	7.5	1,956	0.1
Votos válidos	1,119,603	100.0	1,210,269	100.0	1,398,726	100.0	1,998,014	100.0

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

Por su parte, ARENA obtuvo 783 230 votos, equivalentes al 39.2 por ciento de votos válidos. Estos resultados colocan ligeramente por detrás al FMLN. Según los datos del Cuadro 6, ARENA es el partido con el mayor aumento absoluto y porcentual de votos. En efecto, captó 336 951 votos nuevos en estas elecciones, es decir, el 75.5 por ciento más que 2003. Al igual que el FMLN,

ARENA mantuvo el crecimiento del caudal de sus votos en las últimas tres elecciones. En 2000, creció el 10.06 por ciento; en 2003, solo el 2.3 por ciento. En 2006, en cambio, creció el 75.5 por ciento. Es posible, al igual que en el FMLN, que haya captado buena parte de los nuevos votos válidos. Además, los “otros” partidos pudieron haber cedido una parte de sus votos a favor de ARENA.

Cuadro 6
Variación absoluta y porcentual de los votos

Partido	1997-2000		2000-2003		2003-2006	
	Variación	%	Variación	%	Variación	%
ARENA	39,868	10.06	10,110	2.3	336,951	75.50
CDU-CD	25,925	66.23	24,020	36.9	(28,068)	-31.51
FMLN	56,580	15.30	48,841	11.5	309,942	65.23
PCN	9,440	9.70	74,365	69.6	47,029	25.96
PDC	(6,571)	-7.02	14,780	17.0	36,684	36.02
Otros	(34,576)	-28.01	16,341	18.4	(103,250)	-98.14
Votos válidos	90,666	8.10	188,457	15.6	599,288	42.85

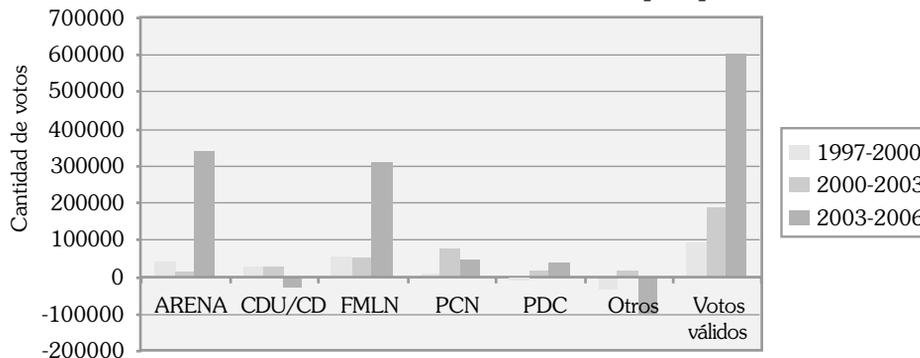
Fuente: elaboración propia con datos proporcionados del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

Los partidos de Conciliación Nacional y Demócrata Cristiano se colocaron en el tercer y cuarto lugar, respectivamente. El primero, con el 11.4 por ciento de votos válidos (228 196), obtuvo 10 diputados. Al igual que ARENA y el FMLN, en las últimas tres elecciones de diputados, este partido ha experimentado un aumento de su caudal de votos. En 2000, creció el 9.7 por ciento; en 2003, el 69.6 por ciento, y, en 2006, el 25.96 por ciento. El Partido Demócrata Cristiano obtuvo 138 538 votos, equivalentes al 6.9 por ciento de votos válidos. A diferencia de los otros tres, este partido no ha podido mantener un aumento constante de votos en las últimas tres elecciones. En 2000, experimentó una disminución del 7.02 por ciento; mien-

tras que en 2003 y 2006, obtuvo aumentos del 17 y 36.02 por ciento, respectivamente.

Por último, Cambio Democrático y otros partidos se hicieron del 3.1 y del 0.1 por ciento de votos válidos. Después de que el Centro Democrático obtuviera un aumento del 66.23 por ciento en 2000 y del 36.9 por ciento, en 2003, su desplome es casi total. En estas elecciones perdió 28 068 votos, equivalentes a una disminución del 31.51 por ciento. Los demás partidos perdieron su representación en la nueva Asamblea Legislativa. Apenas captaron 1 956 votos. Al comparar estos resultados con los de 2003, la disminución es del 98.14 por ciento de los votos. En términos absolutos, es una pérdida importante de 103 250 votos, los cuales pudieron ir a parar a ARENA.

Figura 3
Variación en la cantidad de los votos por partido



Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

3.3. De nuevo la abstención

La votación total en la elección de alcaldes y diputados ascendió a 2 060 596 y 2 059 687, respectivamente. Ambas cantidades representan el 54.2 por ciento del padrón electoral, conformado por 3 801 040 personas. Esto significa que un poco más de 1 740 444 y 1 741 353 ciudadanos, en su orden respectivo, no participaron en la elección de alcaldes y diputados.

Cuadro 7
Abstención en las elecciones de alcaldes

Año	Ausentes	Padrón	Porcentaje
1997	1,828,217	3,004,174	60.9
2000	2,001,495	3,264,724	61.3
2003	2,105,544	3,537,091	59.5
2006	1,740,444	3,801,040	45.8

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

Según el Cuadro 7, la cantidad de ausentes ha disminuido en las últimas dos elecciones de alcaldes. En 2003, con 2 105 544 personas, la abstención ascendió al 59.5 por ciento. En 2006, en cambio, se redujo al 45.8 por ciento. Esta reducción se explica por el aumento del padrón electoral en 263 949 personas, en los últimos tres años, y porque la cantidad de votos válidos para la elección de alcaldes aumentó en 617 726 votos. Es decir, que la cantidad de nuevos votos válidos es más del doble que la de los nuevos empadronados en los últimos años.

Cuadro 8
Abstención en las elecciones de diputados

Año	Ausentes	Padrón	Porcentaje
1997	1,827,288	3,004,174	60.8
2000	2,008,382	3,264,724	61.5
2003	2,085,924	3,537,091	59.0
2006	1,741,353	3,801,040	45.8

Fuente: elaboración propia con datos del Tribunal Supremo Electoral y ECA 653-654, pp. 178-187.

El Cuadro 8 muestra que la cantidad de ausentes también ha disminuido en las últimas dos elecciones de diputados. En 2003, representaron el 59 por ciento; pero, en 2006, la tasa se redujo al 45.8 por ciento. Al igual que en la elección de alcaldes, la reducción está sujeta —aparte que el padrón aumentó en 263 949 personas, en los últimos tres años— a que la cantidad de votos válidos de esta elección aumentó en 599 288.

Por último, y a sabiendas de que se trata de dinámicas distintas, es interesante comparar la participación ciudadana entre la última elección presidencial y la reciente de diputados y alcaldes, y entre esta última y otras de la misma naturaleza. En las elecciones municipales y de diputados se percibe un aumento de la participación ciudadana, ya que la cantidad de ausentes ha disminuido en poco más de 300 mil personas. Sin embargo, al comparar los últimos comicios con los resultados de la elección presidencial de 2004, se destaca lo contrario. En 2004, con un padrón más pequeño (3 436 893 personas), votaron 2 317 981, es decir, 1 118 912 personas, equivalente al 32.6 por ciento del padrón, se abstuvieron. Ambas cantidades son inferiores a la abstención registrada en las últimas elecciones. Asimismo, es importante recordar que si bien en las últimas elecciones los nuevos votos válidos rondaron los 600 mil, en las presidenciales esa cantidad fue de poco más de un millón de votos. Según esto, pese a contar con un padrón más pequeño, en las elecciones presidenciales hubo mayor participación que en las recién pasadas.

3.4. Los “logros” de ARENA, la situación legislativa y el desempeño de los partidos de centroizquierda

Los logros electorales de ARENA saltan a la vista. Este partido no solo aumentó el número de diputados, aunque con menos votos que el FMLN, sino que, además, obtuvo más gobiernos municipales que los de 2003, entre ellos, muchas cabeceras departamentales. El FMLN perdió las alcaldías de Santa Ana, Chalatenango, Zacatecoluca y Usulután, aunque desplazó al Partido de Conciliación Na-

cional en San Vicente. Según los resultados finales, ARENA fue el único partido que ganó más alcaldías. El resto, incluyendo al FMLN, perdió gobiernos municipales. Con todo, ARENA no es un ganador absoluto; tampoco el FMLN. En la práctica, para ARENA, ser la primera fuerza política por décimas de diferencia no significa mucho, más allá del pobre consuelo que esto pueda significar para sus filas. En el terreno legislativo esto es claro. Y es que si bien es cierto que ARENA logró más diputados que en 2003 (27 frente a 34), también su rival, el FMLN, aumentó en uno (31 frente a 32). ARENA se quedó muy lejos de su meta, “obtener más diputados para ayudarle al presidente Saca”.

Por otro lado, el pobre rendimiento municipal del FMLN se puede explicar por razones varias. En primer lugar, el desplazamiento de candidatos importantes —René Canjura, en Nejapa, y Orlando Mena, en Santa Ana, por citar los casos más destacados— hacia otros partidos. En segundo lugar, por competir en solitario en la mayoría de las municipalidades con unas pocas excepciones. En San Salvador, su triunfo fue más contundente cuando hizo alianzas, las cuales aumentaron su caudal de votos. La lucha cerrada por la alcaldía de San Salvador, entre ARENA y el FMLN, es el resultado, en parte, de esta ausencia de la política de alianzas, por el lado de la izquierda. La candidata del FMLN se enfrentó no solo con el candidato de ARENA, sino también con el actual alcalde, que llegó al cargo como militante del FMLN y contra un ex miembro del consejo municipal, lo cual muestra la dispersión de las fuerzas opositoras. Indudablemente, una coalición amplia habría zanjado, con amplias ventajas, la disputa en San Salvador a favor de la izquierda.

Por otra parte, la composición legislativa heredada del 12 de marzo no supone ningún cambio sustancial. Ningún partido tiene la mayoría absoluta, así que estarán obligados a pactar y negociar entre ellos. Lo más probable es que el Partido de Conciliación Nacional vote con ARENA para lograr la mayoría simple (10 y 34, respectivamente). Al igual que en la legislatura actual. La situa-

ción cambia, sin embargo, cuando se trata de la mayoría calificada. Forzosamente, los partidos mayoritarios tendrán que buscar un entendimiento entre ellos. En un caso hipotético, ARENA podría negociar los votos de los partidos minoritarios, pero, entonces, solo tendría 52 votos, insuficientes para dicha mayoría. Necesita de los 32 del FMLN. Este escenario hipotético resulta, por lo demás, remoto. ARENA no tiene capacidad para concertar más allá de los partidos de Conciliación Nacional y Demócrata Cristiano, los cuales estarían, al parecer, tratando de distanciarse de “las extremas”. Se impone, por tanto, la búsqueda de consensos legislativos entre las dos fuerzas mayoritarias. Está por verse qué tanta voluntad tiene ARENA para ceder. El presidente Saca ha declarado que no tiene ninguna intención de “co-gobernar” con el partido de izquierda, pero el escenario es inviable para un partido como ARENA, con pretensiones de ejercer el poder total.

El Partido de Conciliación Nacional, tal como afirma el diputado Antonio Almendáriz, debe reconsiderar su postura ante la Asamblea Legislativa. Aunque, en términos inmediatos, poseer la “llave legislativa” para inclinar la votación hacia un lado determinado ha significado para sus dirigentes una serie de ventajas y prebendas políticas (y de otro tipo), el partido parece haber comprendido que esto no le garantiza el futuro político. La imagen que proyecta ante la opinión pública de ser un “apéndice” de ARENA, le jugó una mala pasada en estas elecciones. De alguna forma, el partido perdió votos con la eliminación de la “plancha nacional”. La llamada “circunscripción nacional” era un seguro de vida, pues le garantizaba una presencia legislativa considerable, aun cuando no prevaleciera en ningún departamento. En la elección presidencial anterior, el Partido de Conciliación Nacional debía haber desaparecido, por no alcanzar el mínimo requerido por la ley. En estas elecciones, tampoco lo consiguió, pero no se puede jugar siempre con mínimos o aguardar una tabla de salvación, ajena a la ley. Asimismo, este partido fue víctima de sus propias artimañas. Su secreta-

rio general, quien a la vez ocupaba la presidencia de la Asamblea Legislativa, Ciro Cruz Zepeda, se quedó sin escaño. Según él, porque hubo electores de fuera del departamento de Cabañas, por el cual se presentó. Empero, el periódico virtual *El Faro* había denunciado, semanas antes, que este mismo partido había trasladado votantes de San Salvador a otro municipio, donde tenía más posibilidades.

Finalmente, el maridaje político de ARENA con el Partido de Conciliación Nacional ha representado un obstáculo para la vida institucional. Históricamente, este último ha canjeado sus votos por puestos clave en dependencias como la Corte de Cuentas de la República, lo cual ha creado una simbiosis perniciosa para la institucionalidad del país. Las fuerzas de centro izquierda lo tendrían que desplazar como tercera fuerza política y quebrar, de esta manera, una alianza que solo garantiza los privilegios de los grupos hegemónicos, en desmedro de la democratización del país.

Desde 1990, el centro izquierda no ha podido ocupar ese tercer lugar. Se habla mucho de la crisis de identidad del FMLN después de la firma de los acuerdos de 1992, pero poco se habla de la crisis de la “izquierda moderada”. En su afán por diferenciarse del FMLN, el centro izquierda perdió el rumbo en muchas ocasiones. Tenía claro qué no era, pero no lo que quería ser. En los años de la guerra, era un partido de cuadros, como el socialdemócrata Movimiento Nacional Revolucionario de Guillermo Ungo y el socialcristiano Movimiento Popular Social Cristiano de Rubén Zamora. Pese a las derrotas y frustraciones, los continuadores de estas dos tradiciones no han superado el modelo de esta clase de partido. Mientras no se conviertan en un partido de masas, sin perder por ello el perfil intelectual y político que ha caracterizado a esta corriente, sus posibilidades serán muy limitadas.

Otro factor que incidió en el desempeño pobre del centro izquierda fue su política de alianzas. Si la ausencia de alianzas complicó

el panorama del FMLN, en el caso de Cambio Democrático fue lo contrario. El hacerse cargo de los dirigentes del llamado Frente Democrático Revolucionario, ex militantes del FMLN, no lo favoreció. El Frente no fue inscrito por el Tribunal Supremo Electoral, por lo tanto, sus candidatos tuvieron que cobijarse con la bandera de Cambio Democrático. Sobre muchos de ellos pesa el estigma del distanciamiento de un proyecto de izquierda bastante definido, para construir, en cambio, otro proyecto todavía nebuloso y sin identidad propia. De hecho, sobre Cambio Democrático pesa la sospecha de la indefinición. Salvo dirigentes como Rubén Zamora y Héctor Dada, la mayoría de los otros son ex miembros de la democracia cristiana, del FMLN y de la desaparecida Unión Democrática Nacionalista. Esto incide de forma negativa en un electorado que, por lo general, piensa las cosas en términos de definiciones excluyentes, carentes de matices. También pesa mucho que Cambio Democrático sea un intento más del centro izquierda para crear un partido de largo aliento. El Frente Democrático Revolucionario original dio paso a Convergencia Democrática, a cuya desaparición del registro electoral le siguió el Centro Democrático Unido, predecesor inmediato de Cambio Democrático.

Como quiera que sea, el centro izquierda tiene mucho que aportar en el actual panorama de deterioro institucional. No solo por estar llamado a relevar al Partido de Conciliación Nacional, sino también por la experiencia política de muchos de sus dirigentes. Políticos como Héctor Dada, Rubén Zamora y otros tienen trayectorias comprometidas con la democratización. En tiempos de la guerra, el centro izquierda, agrupada en el Frente Democrático Revolucionario, aportó de forma determinante al proyecto de izquierda su experiencia política y diplomática. El centro izquierda puede y debe aportar su vocación concertadora, en momentos en que la elevada polarización política ciega los ánimos de los partidos mayoritarios, que todavía piensan que su voluntad es suficiente para gobernar el país.

5. Conclusión

Las elecciones pusieron de manifiesto que, en El Salvador actual, el proceso de democratización enfrenta grandes obstáculos. Sin duda, uno de los principales para la democratización es la polarización prevaleciente entre ARENA y el FMLN, la cual ha marcado la dinámica política desde 1994. Las elecciones recién pasadas refrendaron esta polarización, junto con la erosión de la institucionalidad.

Vistos los resultados electorales con frialdad, El Salvador ha cambiado poco, en materia política. Pero el análisis detenido de la coyuntura electoral, en concreto, del desempeño de las instituciones y de los actores políticos, arroja una conclusión distinta. Después de las elecciones, la situación no será igual, puesto que el deterioro institucional es ahora mayor, la credibilidad de los actores políticos es menor y la polarización política más aguda.

Los resultados electorales se prestan para hablar de ganadores y perdedores, según los votos conseguidos o la cantidad de diputados o alcaldías conseguidas. Pero los datos de las elecciones pasadas no arrojan un ganador absoluto y sí muchos perdedores. El primero de todos ellos, el Presidente de la República, quien dilapidó su prestigio, en su empeño por conseguir una victoria abrumadora sobre el FMLN. Junto con su prestigio, el presidente Saca tiró por la borda sus responsabilidades constitucionales, al subordinarlas a los intereses de ARENA.

Perdió la sociedad salvadoreña, en cuanto a su dignidad y respeto de sus derechos políticos fundamentales. Esa dignidad y esos derechos fueron pisoteados por el presidente Saca y ARENA, por el Tribunal Supremo Electoral, por los grandes medios de comunicación y por los partidos políticos, incluyendo al FMLN. El recién finalizado proceso electoral sacó a relucir, con pasmosa claridad, no solo lo poco que el país ha avanzado en materia de institucionalidad y respeto a la legalidad, sino también la ausencia de convicciones éticas, en muchos de quienes

se han erigido en representantes de los salvadoreños y salvadoreñas.

Se echó de menos la convicción fundamental de buscar y defender la verdad. Más aún, en la campaña, esta fue reemplazada por la mentira y la falsedad. Mintió el presidente Saca cuando sostuvo que su función de Presidente de la República no le impedía hacer campaña a favor de su partido; mintió ARENA cuando sus voceros sostuvieron que los inmigrantes salvadoreños en Estados Unidos estarían seguros, si el partido ganaba; y mintieron los grandes medios de comunicación, no solo cuando insistieron en dar por ganador de la alcaldía de San Salvador a Rodrigo Samayoa, pese a que los datos del Tribunal Supremo Electoral indicaban que Violeta Menjivar era la nueva alcaldesa, sino también cuando responsabilizaron al FMLN por la tensión y los incidentes violentos poselectorales.

A la mentira y la manipulación se sumó la prepotencia. Fue prepotente ARENA en el despilfarro de recursos durante la campaña; fue prepotente el presidente Saca, cuando intentó imponer a la ciudadanía la voluntad de ARENA; fue prepotente Walter Araujo, cuando intentó imponer la voluntad de su partido en el Tribunal Supremo Electoral; fue prepotente la gran empresa privada cuando desplegó banderas de ARENA, en sus edificios y negocios, para dar a entender a la opinión pública que este partido defiende sus intereses.

Con este saldo negativo en materia institucional, legal y ética, la sociedad salvadoreña deberá encarar los retos de siempre: la pobreza, las vulnerabilidades de todo tipo, la inseguridad, la violencia y la frustración individual y colectiva. En ese sentido, las elecciones de marzo pasado no deben ser vistas como un número más de la contabilidad democrática; más bien, tienen que ser vistas, en lo que tienen de resta, es decir, como un retroceso hacia dinámicas sociopolíticas que los más optimistas creían superadas.

San Salvador, 7 de abril de 2006.